

XVIII REUNION ANUAL DE LA ASAMBLEA DE GOBERNADORES DEL BANCO INTERAMERICANO DE DESARROLLO

DISCURSO DEL GOBERNADOR POR COLOMBIA, ABDON ESPINOSA VALDERRAMA, MINISTRO
DE HACIENDA Y CREDITO PUBLICO, EN LA TERCERA SESION PLENARIA

El año de 1969, en este magnífico escenario de la ciudad capital de Guatemala, me correspondió el privilegio de hacer entrega de los poderes transitorios de presidente de la Asamblea de Gobernadores del Banco Interamericano de Desarrollo. En aquella época, constituía, fundamentalmente, una cooperativa de crédito, encuadrada dentro del marco del sistema económico y social del Hemisferio; al propio tiempo que un banco de las ideas nuevas, como gustaba llamarlo Felipe Herrera, aprestigiado ya, merced a la fecundidad de sus obras, en los mercados financieros del vasto mundo.

Todavía soplaban, sobre sus velas, los vientos remozados que quisiera imprimirle, a la criatura recién nacida, el presidente John F. Kennedy. En la sala de conferencias, ni tan grande, ni tan multitudinaria, ni tan hermosa como la de hoy, nos sentábamos los voceros de la familia americana a dialogar sobre los problemas comunes, sobre los desequilibrios sociales y regionales, y sobre el viejo sueño de bregar porque la dignidad de la persona humana no naufragara en medio de la miseria, de la insalubridad y de la desocupación crónica. Al cabo de diez años, la institución había demostrado su aptitud para promover el desarrollo económico y social, no solo a través del crédito, sino movilizándolo las energías, los recursos y el ahorro de los pueblos. Cerca de tres mil millones de dólares había comprometido en quinientos proyectos por valor de siete mil seiscientos millones, de los cuales el treinta y siete por ciento lo aportaba el banco y el resto los países prestatarios. Había surgido como una asociación de naciones —y ciertamente lo ha sido— para asistir y acompañar a las colectividades en el empeño irrenunciable de aproximarse a modos de vida más equitativos, equilibrados y amables. Las frustraciones no habían faltado, pero tampoco los éxitos. Elocuente es el hecho de que, siete años después, los préstamos ascienden a más de diez mil millones y la inversión total en los proyectos correspondientes se haya elevado a cuarenta y dos mil millones.

Esta vez salta a la vista un cambio esencial. El de la incorporación gratísima de miembros extrarregionales, de avanzada industrialización, a los propósitos del Banco Interamericano de Desarrollo. Gratísima, porque en su Convenio Constitutivo se dejó la puerta abierta para permitir a otros sumar a los nuestros sus recursos y experiencias, y además, porque su ingreso inicia una nueva era en la trayectoria de las organizaciones regionales. Manteniendo con ellos activo comercio, en ambas direcciones, nada más lógico que verlos participando, dinámicamente, en el esfuerzo por superar las estrecheces y los obstáculos del subdesarrollo. En este foro, su presencia puede interpretarse como la decisión de abrir una ventana propicia sobre los limitados claustros mercantiles de la Convención de Lomé. El crédito es, sí, palanca decisiva para el progreso de las naciones. Pero la transferencia de recursos reales, de que tanto se habla en los foros internacionales, lleva implícito el ingrediente decisivo del intercambio comercial. Así lo proclama la concepción de las preferencias generales y no recíprocas para los productos de los pueblos en desarrollo. Y América Latina no abrigó nunca el anhelo de convertirse en una especie de Atlántida, sin nexos con el Norte del continente ni relaciones con los faros industriales de ultramar.

Ha vivido el mundo, particularmente el de las economías de mercado, sucesos casi insospechados, mezclas de inflación y depresión, de recesión y desorganización monetaria, que lo han obligado a revisar muchos de sus derroteros habituales. Ha descubierto, de pronto, cómo no son inagotables determinados recursos, ni siquiera el de los alimentos para atender a las necesidades de una población velozmente creciente. Ha hallado, casi de improviso, que la asimetría de la liquidez internacional cambia de faz, se vuelve móvil, y afecta, inclusive, a zonas donde jamás solía ponerse el Sol. Ha comprobado cómo los secretos de la tecnología continúan representando el factor cardinal del bienestar, el desarrollo y la pujanza. Ha advertido el peligro de destruir

las oportunidades de empleo donde las circunstancias incitan a crearlas. Ha abierto los ojos a cuanto representa la relación de los precios de intercambio, que se erigiera, a lo largo de siglos, en símbolo de contrastes, y, todavía peor, en muro hostil para los anhelos impacientes de los países en desarrollo. Ha comprendido en qué proporción influyen los acontecimientos de unos pueblos sobre los demás, especialmente cuando ocurren en las naciones industriales, que si han encontrado en el desempleo una salida para el recalentamiento de sus economías, también han podido observar las consecuencias de semejante fenómeno en todo el planeta.

Muchas instituciones, métodos y estrategias han debido idearse ante el colapso de ciertas técnicas y de no pocas convicciones. En los países de más alta cultura al par que en aquellos en cuyos ámbitos no han logrado madurar fórmulas propias, adecuadas a sus realidades, e inspiradas en ellas. La regla general, aplicable en todas las latitudes y situaciones, va siendo reemplazada por el criterio que mejor consulte los problemas, antecedentes e idiosincrasia de cada Estado-Nación. Y el principio de autodeterminación de los pueblos se expresa, políticamente, en el pluralismo ideológico, sin que por esta causa se desconozcan los compromisos de la vida en una comunidad, internacional por añadidura, o se subestime la vigencia democrática de los derechos humanos.

El Banco Interamericano no podía, ni debía sustraerse al oleaje de remozamiento y de cambio, ni modificar su fisonomía original de organismo consagrado al desarrollo económico y social. Ni al alargaramiento suicida, ni la transformación reñida con su razón de existir, esta al margen de la codicia del lucro. Promotor de nuevas ideas, era su deber predicar con el ejemplo. Y, a la verdad, no vaciló en hacerlo al respaldar los movimientos de integración regional o subregional, al saneamiento ambiental, la solución de los problemas energéticos o el examen cuidadoso del resultado de los proyectos educativos.

En el panorama de la América Latina cabe destacar la evolución estimulante de su integración y complementación. No es, sino mirar a las cifras del comercio intrazonal para entender cómo hemos conseguido articular mercados para la producción de sus manufacturas y semimanufacturas con alto contenido de mano de obra. El círculo vicioso se ha roto, en este flanco vital, al menos en sectores muy representativos, en los cuales la demanda y la oferta, recíprocamente dependientes, daban trazas de adolecer de debilidad irremediable.

Tal el botón de muestra del Grupo Subregional Andino en continuo trance de estructurarse y de

perfeccionarse, venciendo cuantas dificultades se le han presentado, tanto en la ampliación del mercado como en el acondicionamiento de las bases de su producción. Tal, parejamente, el del Mercado Común Centroamericano, con cuyos miembros acaba de celebrar Colombia, mi patria, un convenio de compensación y crédito recíproco y otro de apoyo a las deficiencias de liquidez. Tal el de que las organizaciones subregionales no impidan entenderse con otras zonas, la promisoría del Caribe, verbigracia, de sobra acreedora a contar con un miembro en el directorio del Banco Interamericano; o crear con los vecinos empresas binacionales o multinacionales; o persistir, apuntando a la meta de la integración global, en la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio.

¿Por qué hablar de comercio en la asamblea general de una inicial cooperativa de crédito? ¿Por qué referirse, expresamente, a los procesos de integración en la América Latina? Porque uno y otro son elementos medulares para el desarrollo de nuestras naciones. Y el desarrollo es la finalidad del Banco Interamericano. Cuando facilita recursos para la empresa latinoamericana, que podría tenerlos más dilatados con una corporación financiera de la índole de la propuesta por el presidente Antonio Ortiz Mena, como lo es cuando contribuye a fortalecer, agilizar o diversificar la capacidad exportadora de nuestros países. Probablemente, en esta materia, casi todos registren notables progresos, no obstante los sobresaltos experimentados en algunos rubros por el año de 1975, con motivo de la recesión mundial, de antigua data, por las restricciones arancelarias y no arancelarias de los mercados de las naciones industriales. Aun así, en Colombia esos progresos son prueba incuestionable de lo que es factible alcanzar con una acción sistemática, máxime si se ha estado bajo el acoso de la saturación del proceso de sustitución de importaciones.

Se ha propuesto el gobierno del presidente López Michelsen imprimir al desarrollo de Colombia recio acento social. Esto es, orientarlo al mejoramiento de la calidad de la vida del sector más pobre de la población, urbana y rural, concediendo prioridad a su nutrición, a su habitación, a su educación y a su salud. Con la nutrición se halla estrechamente relacionada la producción de artículos alimenticios, la suerte de la agricultura de subsistencia, y, en general, del campesino, de escasos recursos. Ahí la raíz del proyecto de Desarrollo Rural Integrado que el Banco Interamericano ha contribuido a adelantar, en coordinación con el Banco Mundial y la Asociación Canadiense de Desarrollo Internacional. Electricidad, agua, caminos, servicios sociales de

salud y de educación, comercialización directa de los productores, todo ello se conjuga para elevar el nivel de vida del campesino, y, a la vez, para incrementar su productividad. No se trata exclusivamente de la agricultura de subsistencia. Se impulsa, simultáneamente, la agricultura comercial, tecnificada y moderna, con énfasis en las cooperativas, consultando las necesidades de la Nación y los reclamos del mundo contemporáneo. ¿No son, por desgracia, escasos los alimentos? Pues en producirlos hemos de empeñarnos, con mejor tecnología, velando, al propio tiempo, porque la excesiva mecanización no elimine preciosas oportunidades de empleo.

Dentro de análogo criterio, sin perjuicio de pensar en función de mercados ampliados, merece registrarse con franco beneplácito el proyecto expuesto por el señor presidente del BID de abrir nuevas líneas de crédito en favor de las pequeñas y medianas empresas manufactureras. Es, ni más ni menos, el equipamiento agroindustrial, con focos cuidadosamente eslabonados y complementarios, a la luz de un nuevo sentido de la industrialización. No podemos descartar las empresas con alto contenido de capital, principalmente, en la minería, pero hemos de preferir, dentro de una más racional división del trabajo, aquellas con mayor contenido de mano de obra. Y, respecto de la tecnología, no recibir a ciegas la que en condiciones distintas de las nuestras sea la más aconsejable, sino la que más se ajuste a nuestras exigencias y apremios.

Cuando se toca el tema de los alimentos, o de los productos básicos, o de los artículos perecederos, se plantea la necesidad de formar existencias reguladoras de la buena o de la mala fortuna, técnica conocida desde la noche de los tiempos, y, colateralmente, el almacenamiento adecuado, gracias al cual se tenga la certidumbre de no atravesar por períodos sucesivos de dramática escasez y de abrumadora abundancia. En este campo se ha movido el Banco Interamericano, facilitando la construcción de silos, pero nunca será ocioso recordar la importancia de perseverar en el cumplimiento de esta misión para mantener, de un lado, un flujo estable y satisfactorio de ingresos, y, de otro, un abastecimiento suficiente y oportuno.

Presumiblemente, en lo futuro tendrán prelación las soluciones apremiantes del problema energético, allí donde hay un dilatado potencial hidráulico y yacimientos de gas y carbón, susceptibles de complementar las fuentes del petróleo o de suplir sus deficiencias. En Colombia, conocemos el riesgo de aplazar programas de esta índole por la experiencia de largas y devastadoras sequías que pueden obligar a perturbadores racionamientos y a consecuenciales

retrasos del crecimiento económico. Programas de magnitud extraordinaria, cuya ejecución demanda varios años, deberán contar con recursos internos y externos, merced a los cuales sea posible multiplicar, cuanto antes, la dotación de fuerza motriz, igualmente escasa en el mundo y requisito necesario para avanzar en el camino del desarrollo.

Para realizar, desde su ángulo específico, obras de tanta monta, a través del financiamiento parcial o complementario, requiere el Banco Interamericano más capital. A nadie se le oculta la neta verdad. Porque si la institución no ha de trocarse en un organismo comercial más, ni quedar al arbitrio del mercado financiero y de sus vaivenes, requerirá de fondos bastantes para prolongar su tarea, con tasas de interés que constituyan incentivo y no cargo difícil de sobrellevar. Naturalmente, no para servir a los monopolios, que disponen a su capricho de los precios, ni para resultar vehículo sumiso de las grandes empresas transnacionales, sino para enaltecer la existencia de las masas populares de la América Latina, y, por supuesto, de los núcleos más urgidos de apoyo social.

Sea la jornada de Guatemala ocasión para reflexionar sobre la trayectoria del Banco Interamericano de Desarrollo en estos diecisiete años, y, a su término, punto de partida de nuevas y más ambiciosas etapas. La cooperativa de crédito, para mantener su carácter, sin imposiciones mercantiles ni políticas, requiere la continuidad del aporte de quien fuera su socio principal dentro de la organización interamericana, y, a la verdad, el nuevo presidente de los Estados Unidos está gestionándola ante los otros poderes públicos. Pero requiere, junto a la cooperación bienvenida de los miembros extrarregionales, a quienes tantos vínculos nos unen, el mantenimiento de un espíritu de solidaridad, sin cuyo aliento podría perder el entusiasmo, la mística y la vocación de servicio que han venido animándolo.

No podría cerrar esta intervención sin subrayar, públicamente, la satisfacción de mi país por la representación conjunta que hemos tenido con el Perú en el directorio ejecutivo, en el más estrecho acuerdo, honrando los fines de la institución y, por sobre todo, pensando en el destino natural de nuestros pueblos.

Y para concluir, permítanme ustedes ofrecerles, a nombre de Colombia, para la reunión de 1980, la sede de nuestra Cartagena, la Heroica, de nuestra Cartagena de Indias, la de rancia estirpe, genitora de libertades y monumento arquitectónico de nuestra América, que, en la última época, ha agregado a sus blasones, el de haber vinculado su nombre al acto constitutivo del Grupo Subregional Andino.